

CAPÍTULO IV.

Por demás está decir que la brillante acción del "gringo" no tuvo consecuencias ningunas, como podía temerse por parte del Exmo. Sr. Comisario, padre del Pablito, por el atentado á la divinidad de su familia. Nuestras respetables autoridades se sirven tener algun respeto á los puños fuertes y á los caracteres resueltos y resulta de ésto, que muchas veces se arregla mejor un asunto pateando la venerable personalidad de un Señor Gobernador ó de cualquier Jefecillo Político, que teniendo justicia. No aconsejamos á nadie que emplee esta clase de argumentos por que hay otros más elocuentes todavía y es el de tocarles la delicadísima sensi-

bilidad que nuestras queridas autoridades tienen, tratándose de dinero. Esta sensibilidad la sufren, desde el Viejo Idolo que administra la felicidad de los dichosos mexicanos, hasta el último policiaco que se vende por una copa de mezcal. Todos saben la galantería de nuestro valeroso y glorioso y anticuado y senil Cacique, hacia los millonarios; los idolatra, los ama con entrañable y profunda pasión, en cambio á los proletarios los quiere tanto, tanto, que los despacha á gozar de su Divina Magestad, cuando tiene oportunidad. Qué grande felicidad embarga al autor de esta novela al escribir sobre estas cuestiones tan sublimes, tan llenas de honda ternura ¡¡oh Dios de los Ejércitos!!! Conserva, conserva muchos años á nuestro viejecito querido y amado.

Entre los asistentes al baile se recordará la presencia de Priscila Brown y de Lucy O'Neil. Poco tiempo permanecieron ambas allí y solo cruzaron algunas palabras con contadas personas. El Cashier les dirigió algunas atenciones y las invitó á tomar una copa de champagne; dos veces hablaron con Luisa y se fijaron con marcada atención en ella. Luisa les contestaba sus interrogaciones con una delicadeza no exenta

de ironía y ellas, después, de haberle hablado, se secreteaban. Una vez Priscila elogió á Luisa el traje que llevaba aquella noche y le preguntó si tenía mas vestidos de la clase de aquel.

—Si tengo—contestó Luisa.

—Oh! Vd. debe tener también preciosas alhajas?

—Vean VV. las que traigo puestas. Me agradan mucho las alhajas y estaría contenta si tuviera más.

Luisa acercaba á ellas su cara para que pudieran ver de cerca las magníficas “dormilonas” que pendían de sus orejas.

—Son recuerdos de mi madre. Creo deben tener mas de trescientos años en poder de mi familia.

Luisa daba detalles sobre la procedencia de las piedras preciosas con ese afán característico de la feminidad.

Las tias se retiraron luego del baile despidiéndose solo de Luisa y escandalizadas en su fanatismo de protestantes por lo que pasaba allí

Al día siguiente, Domingo, todo el mundo pudo dedicarse al descanso. Luisa había llegado con su esposo á la pequeña casita de madera que ocupaban y en vez de acostarse se puso

á hacer té para reponerse un poco, con la bebida, de las fatigas de la desvelada. Un cansancio extraño en ella, cansancio de la vida, la invadía desde que había llegado al baile aquella noche y que ahora se acentuaba con más fuerza aunque todavía indeterminado.

Enrique, luego que llegaron, se desnudó y se tendió en el lecho, á los pocos minutos dormía profundamente y su respiración acompasada y tranquila hacía mas notable la quietud que rodeaba á Luisa. Debilmente interrumpía el silencio ó la rítmica respiración de Enrique, el hervir de el agua de la tetera. La luz de la madrugada se debatía sutilmente como en debilísima lucha, con las brumas de la noche que todavía imperaban sobre las cosas y penetraba en oscuro claror al travéz de las vidrieras de la estancia. Luisa se había despojado del traje de baile y vestía una camisa de noche sencillamente adornada con encajes, su cuerpecillo nervioso y fino, dejaba traslucir á la luz de la lámparilla de alcohol en que hervía la tetera, el color rosado de su carne llena de intensa vida. Sentada en una mecedorita, los pliegues del ropaje se doblaban en su piel como una vestimenta escultural. Su pelo suelto caía ondulando por su espalda y en su despejada frente, una

CAPILLA ALFONSO

onda que hacía más luminosa, con su sombra, la luz de sus ojos verdes, grandes y ardientemente expresivos.....

Sentada junto á una mesita de laca chinesca, cuidaba distraídamente del cocimiento de la bebida.

Algun pensamiento doloroso y tenáz debía preocuparla; lo indicaba el entrecejo contraído y la vaga inmovilidad de su mirada. En su cerebro, pugnaba, por tomar forma una idea que germinaba en miedo, en terror vago, indefinido é inconexo. Hacia ella esfuerzos inconcientes para darle forma exacta y perfilarla en formas perceptibles y ciertas pero parecía que en las tinieblas en que se esfumaba apenas, vibraban también otras ideas, en embrión también, y en las que la vida del verbo palpitaba con mísera energía. Trataba de acoordinarlas y darles el ropaje concreto de la forma sensible y determinada, pero el esfuerzo vano é involuntariamente contrario, disolvía, ahogaba en profunda é insondable sombra, las oscuras é indecisas imágenes de aquel embrión.

Hubo un momento en que el corazón más sensible que el tubo nervioso, tuvo un enfriamiento; el miedo penetró en él como una sutil ráfaga precursora de desgracias. Se sintió dé-

bil, con infantil debilidad femenina. Echó sobre su marido una mirada imploradora de auxilio, que pedía protección, ante el presentimiento de un peligro adivinado, desconocido y al verlo en aquel abandono de su sueño, laxo, sin nervio y casi sin alma, vió también su pasado de vida marital, en la que, unida á aquel hombre tan débil, había tenido que resistir ella sola por los dos, todas las contrariedades de la existencia, levantándole siempre, soportando ella el peso de sus irresoluciones, luchando con él para darle ánimo al vacilar y resistiendo siempre la carga de la responsabilidad, cuando él sufría los fracasos naturales y consecuentes de su enferma idiosincracia. Ahora se vió sola ante aquella sombra funesta que apretaba su corazón; se vió más sola que nunca, se sintió abandonada, débil; sus brazos flojamente cayeron sobre los de la silla, su cabeza se inclinó sufriente y abatida y la sombra del dolor que presentía, intensándose en su pecho, lo hinchó al dilatarse en una expansión de pesadumbre, escapandose por su garganta en un sollozo y subiendo hasta sus ojos empujó dos lágrimas.....

.....
El primer rayo de sol penetró por la vidriera y

reflejo en sus cabellos rubios, nimbando las sutiles puntas de fina pelusilla que sobresalían en su ondulante crencha. El sol disipó las brumas de la madrugada y puso en vibración la vitalidad adormecida por la noche y que renacía en la madre tierra al contacto de aquel rayo de luz y de calor que estendiéndose por todas partes invadía suavemente las cosas haciéndolas desperezarse y penetraba al alma universal en efluvios que infundían la eterna actividad de lo que existe.

Luisa concluyó el cocimiento de la bebida, la apuró en rápidos sorbos, corrió las cortinillas de la ventana, después se hizo campo en el lecho y se abandonó al descanso del cuerpo y á la reparadora inercia del alma.

* * * *

La casita en que vivían Luisa y Enrique estaba compuesta de dos piecitas de madera. Una servía de recámara y la otra era utilizada para cocina y era también donde guardaban los baúles, la ropa de lavar y una multitud de objetos de pequeña utilidad. Esta pieza le servía á Luisa para lavar la ropa, cuando salía de su quehacer. Por lo regular ella hacía el desayuno y la cena y comían, al medio día, en una

fonda.

La recámara, que les servía también para recibir á las personas de mucha confianza que los visitaban y en la que apenas había espacio para sentarse, estaba ocupada en gran parte por la cama, mueble de madera de encino de alta cabecera, amplia; almohadas cubiertas por fundas adornadas de encajes y cubre-cama de raso de algodón de artísticos dibujos "renacimiento."

A un lado de la puerta de entrada, unas cortinas de cretona disimulaban el guarda-ropa. Al otro lado, sobre una pequeña repisa, estaban los boletos que servían para comprar la leche, la carne y los demás comestibles. Todo esto arreglado con cuidadosa minucia. Pero donde se desplegaba un derroche de esquisités y buen gusto á prueba de crítica, era en las mil naderías que adornaban las paredes de la estancia. En una tabla angosta, á guisa de consola, que corría á lo largo de la pared, estaban colocados en armónico "pendant," pequeños "bibelots" chinescos representando graciosos y panzuditos Budas. Mandarines microscópicos, de ojillos alegres y estirados hácia arriba de las sienes, iluminaban sus carillas con una sonrisa de felicidad perene, enigmática y beatífica de Diosesi-

tos. A su lado unos bebés de cabecillas redondas, rosadas, casi calvas, con un flequillo de pelo rígido y convexado sobre la frente, de rostros radiantes de dicha y próxima ha hacer estallido la pletórica alegría infantil que los animaba.

Un caballerito celestial de anteojos circulares, de bonete adornado con una pluma mandarinesca de pavo real, se cubría con una sombrilla del vuelo de una pezeta, la que sostenía en una mano, en la otra vacilaba un abanico de nacarados colorines y se inclinaba en ceremoniosa reverencia ante una damisela también de sombrilla, ataviada con un peinado microscópicamente monumental, atravesado por alfileres de martil; la piel de su carilla parecía restirada por la tirantéz del cabello ordenado hacia atrás al formar el peinado. Debía ser alguna Emperatriz por el rostro tan lleno de inocente y soberana y profunda calma y ativéz.

En una cornisa dominaba un espejo ovalado, portátil, de tocador. Sirviéndole de marco se enroscaba en su borde un Dragón, cuyas garras pugnaban vanamente hincarse en el cristal y solo se apoyaban en él crispadas en un espasmo nervioso de tremenda cólera. Su cuer-

po escamado acurvaba su lomo, erizado de apófisis espinosos, siguiendo el recorte ovalado del cristal y su cabeza, irguiéndose furiosa, avanzaba hacia adelante, amenazando devorar; de ojos llameantes y furibundos, abría sus fauces espantables, erizadas de filosos dientes; se abrían sus mandíbulas como si dejaran escapar del fondo de su garganta infernal, ese hálito magnético de las serpientes; las grandes púas retorcidas y bravas de su bello superior, unas se erectaban hacia adelante y otras alcanzaban el reborde del cristal donde se enroscaban como las guías de la vid.

Formando guardia al espejo, había un híbrido conjunto de personajes: Un mosquetero de porcelana, de formidable chambergo; las puntas del retorcido bigote hacia arriba petulantemente, de mirada atrevida y valentona, la dirigía de soslayo á una muñequilla de pies descalzos; un lienzo azul á rayas blancas envolvía en "refajo" su cuerpo; cotoncillo café, cubría su pecho dejando los brazos desnudos, su carita era morena, en postura humilde, sus brazos extendidos hacia adelante sostenían en sus manos una media calabaza casi llena de un licor blanco. El objeto de las miradas del mosquetero era Xochil.

Un guerrero japonés, un Samurai, se apoya